

Lo materno y lo femenino en la clínica con adolescentes* ⊗

Juan Mitre**

Romina Martínez: Buenos días, volvemos a encontrarnos en esta clase para situar algunos interrogantes que nos guían en el camino de este curso: “Mujeres, madres, hijos. Soluciones singulares”. Hoy, específicamente, para pensar la intersección de lo materno y lo femenino, en relación con un tiempo constitutivo que denominamos adolescencia. La adolescencia como respuesta a la pubertad, momento cuando el sujeto tiene un encuentro con un real y pone a prueba lo que fue, o no, constituido en la infancia.

En la neurosis infantil, lo que guía al sujeto será la pregunta ¿qué desea mi madre? En este nuevo tiempo, la adolescencia, aparece el interrogante por la sexualidad femenina ¿qué quiere una mujer?

La adolescencia es el momento en el que se orienta el goce hacia el lazo social, se hacen valer los títulos edípicos que quedaron en reserva y se apela a la creación que cada sujeto pueda hacer con ellos. Muchas veces ante este momento, observamos que para los sujetos psicóticos será el momento de descompensación de su estructura subjetiva. Entonces tenemos entradas y salidas en este período que recurren a las suplencias de las fallas estructurales con las que el sujeto se tope.

Es en relación con esta temática que nos acompaña Juan Mitre. El título de su clase es “Lo materno y lo femenino en la clínica con adolescentes”.

Juan Mitre: Buenos días, es un gusto estar acá, en este espacio. Agradezco mucho la invitación; la idea es que haga una exposición, para que después podamos conversar. El título que encontré en estos últimos días, es “Lo materno y lo femenino en la clínica con adolescentes”.

Considero que los analistas tenemos que tratar de hablar a partir de lo que nuestra práctica nos enseña; es a partir de ello que tenemos algo para decir en el campo social. De hecho, me parece que esto está muy presente en Lacan en distintos momentos, por ejemplo, cuando habla del Edipo y dice que va a hablar de él tal como se presenta en la experiencia analítica. O sea, no a partir de la observación de niños, sino tal como se presenta en la experiencia analítica, es decir, en torno a aquello que puede leerse en cómo alguien ha atravesado el Edipo o está atravesando el Edipo.

* Presentación del 5 de abril de 2021 en el curso “Mujeres, madres hijos. Soluciones singulares” del Departamento de docencia e investigación del Hospital Carolina Tobar García. Directoras: Lic. Jorgelina Estebo, Lic. Romina Martínez; coordinadora docente: Débora Tejeda; ayudantes docentes: Gimena Barandela y Cecilia Patrón, a quienes les agradecemos su amable autorización para publicarlo.

⊗ En la edición impresa de la revista *Enlaces* n° 28 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes artículos: “Angustia-emoción, *Die herzen sangst-der affecter, Émoi-emotion*” de Osvaldo Delgado, “Equibocarse” de Florencia F. C. Shanahan y “Estelas de letra” de Viviana Bega.

** Psicoanalista (Buenos Aires). Miembro de la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

Voy a tratar de partir de ahí, de lo materno y lo femenino en la clínica con adolescentes, en la práctica psicoanalítica con adolescentes. Y por supuesto, teniendo en cuenta las nuevas marcas de la época, ya que esta no es la época de Freud ni tampoco es la de Lacan. Me parece que es importante que los analistas nos dejemos interpelar, que demos lugar a eso, que interpelemos a los otros discursos de la buena manera.

Tomaré dos referencias clásicas, *El despertar de la primavera* y el caso de “La joven homosexual”, que vamos a utilizar para pensar lo materno y lo femenino en la adolescencia. Una es una obra de teatro de 1891, pero sumamente actual. Eso es lo interesante que tiene, porque nos permite ubicar un punto invariante; permite cernir aquello que no varía. Esa es una cuestión importante para pensar la clínica con adolescentes –y la adolescencia–, tratar de situar qué es aquello que varía con la época y qué no.

Nosotros suponemos que hay un punto invariante. Desde mi punto de vista, cuanto mejor uno puede cernir lo invariante, mejor se puede orientar en torno a las variaciones de la época, a aquello que sí cambia. Y en cierta forma, podemos plantear que pensar la adolescencia es pensar la época, porque los adolescentes son los primeros –al estar justamente en ese momento de salida del mundo familiar– en responder a estos cambios, son los primeros que deben responder a los cambios en el orden simbólico de su época.

A su vez, la práctica con adolescentes va a depender del modo en que pensemos y conceptualicemos la adolescencia. O sea que eso también va a estar presente en el desarrollo que voy a hacer.

Despertar de primavera

El despertar de la primavera es una obra de teatro de Frank Wedekind de 1891. Hay tres personajes principales que tienen entre 14 y 15 años; dos muchachos, Mauricio y Melchor, y una muchacha llamada Wendla. La obra es paradigmática de las problemáticas y dramas de la adolescencia: tenemos ahí el desconcierto ante la sexualidad que emerge, la ausencia de los padres; en un punto es estructural la ausencia de los padres en la adolescencia. Por supuesto que hay ausencias y ausencias, no hay duda de eso, pero siempre hay un punto de ausencia. La obra es paradigmática de las problemáticas de la adolescencia, porque hay una joven que aborta, un joven que se suicida, otro que luego de un período agudo de errancia y riesgos, gracias a un buen encuentro, logra orientarse.

Es una obra de teatro que le interesó a Freud, están las actas de las reuniones de los miércoles cuando la comentaba. Y también como sabemos, hay un texto de Lacan de los años setenta que es un prefacio que escribe cuando se iba a montar la obra en París. En ese texto hay todo un programa de trabajo en torno a la adolescencia. Por supuesto que tiene puntos sumamente enigmáticos, pero mi punto de vista es que hay un programa de trabajo ahí, así como en “Nota sobre el niño” tenemos todo un programa de trabajo para pensar la clínica con niños.

Entonces, ya nos introducía Romina en torno al tema, el despertar de la pubertad implica el encuentro con el sexo. Hay una metamorfosis del cuerpo, decía Freud, que

modifica la relación con los objetos y con el Otro. El Otro del saber, encarnado en la figura de los padres, se va a presentar inconsistente para significar lo que pasa en el cuerpo propio del adolescente. Ese es el punto de ausencia de los padres: la palabra de ellos no puede terminar de nombrar lo que se experimenta, lo que se vive en ese momento de la vida.

La posición infantil de creer en el Otro vacila y se presenta un Otro que no tiene todas las respuestas. Uno de los problemas centrales es la relación de objeto: cómo arreglárselas con el sexo. Hay un empuje al encuentro, pero no se sabe cómo, esa es también la dimensión de drama de ese momento de la vida y, en última instancia, es con lo que el adolescente tiene que lidiar. Lacan lo dice así al inicio del Prefacio: "... qué es para los muchachos hacer el amor con las muchachas, marcando que no pensarían en ello sin el despertar de sus sueños".¹ En sí podríamos decir: qué es hacer el amor para los muchachos, para las muchachas... El punto es la pregunta en torno al sexo y que no se puede pensar en ello sin el despertar de los sueños. Eso es lo importante que señala ahí Lacan, que no es sin los sueños. Es decir, es imposible que alguien se las pueda arreglar con lo real del sexo sin los sueños. En la obra de teatro, cada uno de los personajes va a responder con un sueño al enigma del sexo, con un sueño particular.

Voy a centrarme en dos personajes, Mauricio y Wendla, que son los personajes que no terminan bien en la obra. Mauricio, justamente, no logra –se ve con claridad en la obra– construir una erótica. No puede enlazar semblante y real. Cuando conversan sobre los sueños en una charla de adolescentes, los otros muchachos dicen que tienen sueños eróticos, él no: sueña con unas piernas de mujer y cae preso de una angustia mortal. Es muy interesante porque le preguntan si tuvo vergüenza y responde que no, fue una angustia mortal. No es la vergüenza por el sueño sexual; pensemos que la vergüenza es ya un índice del fantasma, de que hay algún tipo de construcción fantasmática. Tiene una gran fineza clínica la obra. Dice: "Me pareció que un mal interno me consumía, pero al fin poco a poco me calmé al ponerme a escribir los recuerdos de mi vida".²

Lo que nosotros podemos decir es lo siguiente: Mauricio no puede velar el agujero de la estructura, no puede, a nivel del significante, conjugar sentido y real. Ante el encuentro con el sexo, con lo indecible del goce, no logra encontrar una respuesta fantasmática que enmarque el despertar de su excitación sexual. Por eso, la cuestión es que el sujeto pueda construir una respuesta fantasmática que enmarque el despertar de su excitación sexual. En ese punto decía que no encuentra una erótica, no puede construir una, la que sea. Las eróticas cambian con la época, pero el tema es poder construir alguna para arreglárselas con el despertar sexual.

Entonces, esa angustia mortal del personaje lo lleva a fracasar en sus estudios y al suicidio. Parecería que se suicida porque fracasa en los estudios, pero si uno lee con atención, se desprende que aquello que lo lleva al pasaje al acto tiene que ver con ese encuentro que no puede velar a nivel del significante. Él lo dice con claridad: "... para qué me sirve el diccionario si no me aclara los problemas más inmediatos de la vida, he hojeado la enciclopedia de la A hasta la Z y no dice nada".³ Se encuentra con una falta absoluta de las palabras y recursos para velar y enlazar, de alguna manera, eso que irrumpe.

El otro personaje es Wendla, que muere por los abortivos que le suministra la madre. Es muy interesante, porque no es solo una cuestión de época, plena sociedad victoriana, sino que también puede leerse en la obra la ausencia absoluta de alguna transmisión por parte de la madre en torno a lo femenino, a los cambios en el cuerpo, a que ya no es una niña, en torno a la sexualidad. Ese me parece un punto también para la clínica: ¿qué transmite una madre? ¿Qué es lo que transmite en torno a un arreglo con lo femenino? En la obra se ve bien que no hay ninguna transmisión de parte de la madre, como tampoco nada en torno a los cuidados. Voy a volver sobre esto después, pero no quería dejar de ubicarlo como un punto a pensar.

La joven Sidonie

Vamos ahora a “La joven homosexual”. Lo que se ve ahí claramente es un *impasse* de Freud que Lacan se encargó de mostrarnos. Freud mismo mostraba sus *impasses*, esa es también la grandeza de Freud que permitía que después siguiéramos pensando en sus casos porque él claramente se incluía ahí. Realmente mostraba cómo lo hacía, mostraba sus errores, volvía sobre eso. El caso, como todos saben, se titula “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”. Lo que sí es importante es que es un caso que se inscribe en sus investigaciones en torno a la sexualidad femenina.

Freud está interesado en la sexualidad femenina en ese momento. O sea que él va a responder y a posicionarse en el caso a partir del modo en que viene teorizando las cosas. El caso se publica en 1920 y se trata de una joven de 18 años –una adolescente– que atendió un año antes durante seis meses. La joven, como todos saben, establece una verdadera pasión por una mujer diez años mayor y de “mala reputación”, que tenía fama de estar con mujeres, y a quien cortejaba como “un caballero a una dama”. Ese es un dato importante.

Hay un libro que se titula *Sidonie Csillag. La “joven homosexual” de Freud*, que realmente recomiendo; es una biografía muy interesante. Dos periodistas y escritoras querían hacer una investigación sobre las homosexuales del siglo XX en Viena y, de casualidad, encontraron en 1996 a esta mujer de 96 años, quien les dice que era la célebre paciente de Freud. Ella no quería dar su nombre, el nombre Sidonie Csillag es ficticio; no se hizo un nombre a partir de haber sido paciente de Freud, como otros pacientes de Freud. Ella, más bien, lo tuvo guardado, recién a sus 96 años empezó a contarlo.

Se publica la biografía en el 2000. Un año antes fallece, a sus 99 años en Viena. Este libro narra toda la vida de Sidonie, vamos a llamarla así. En los primeros capítulos se relata su encuentro con la baronesa Leonie Von Puttkamer. Cuenta que la adolescente Sidonie la sigue por las calles de Viena hasta que establece un vínculo con ella. La sigue durante todo un tiempo sin hablarle, solamente observándola. Es interesante cómo la cuestión de la mirada está presente, un punto que Lacan trabajó más tarde. Pero lo que se puede captar con claridad, desde en el primer encuentro que tiene con ella, es el interés de Sidonie por lo femenino.

Les leo el fragmento donde relata cuando la ve por primera vez:

“... cuando ve venir hacia ella la delgada, alta y elegante figura de su fascinación, siente un estremecimiento interior. Tiene un andar leve y maravillosamente oscilante, está vestida con un gusto especial, casi extravagante [...]. Pero, principalmente, son los ojos lo que no la dejan en paz: son claros, casi duros y pueden mirarlo a uno con tanta profundidad. Junto con una boca caprichosa y sensual le otorgan a la desconocida algo especial; no se asemeja a ninguna de las mujeres que la muchacha de 17 años conoce de su entorno”.⁴

La sigue, la observa. Lo que se puede leer es ese interés por lo femenino; se puede captar cómo el enigma de lo femenino se presenta al modo de un interés homosexual, que es la manera en que Lacan invita a pensar la cuestión, como un interés supremo por lo femenino. Lacan, en el texto “Ideas directivas para un Congreso sobre la sexualidad femenina” de 1958, dice que, en todas las formas, incluso inconscientes, de la homosexualidad femenina es a la feminidad adonde se dirige el interés supremo, el cuidado dedicado por el sujeto al goce de su compañera. Por supuesto, no creo que todos los casos se puedan pensar así, pero me parece una clave importante para tener presente. También en ese mismo texto dice que una mujer puede ser Otra para sí misma a partir del encuentro con un *partenaire*. Lacan dice un hombre, pero vamos a decir un *partenaire*.

Vuelvo al caso de Freud para ubicar tres puntos porque es un caso conocido. Freud refiere que Sidonie tuvo una infancia sin sobresaltos, no presentó síntomas infantiles. En la pubertad, entre los 13 y los 14 años, tuvo una predilección tierna por un niño de 3 años que veía de forma regular en un parque infantil. Freud interpreta ese interés como un deseo de ser madre ella misma. Fíjense la interpretación de Freud y recuerden también lo que decía antes, que él estaba interesado, en ese momento, en la sexualidad femenina, él tenía una teoría al respecto o, por lo menos, estaba teorizando el asunto. Por supuesto que siempre hay algo abierto en Freud, porque en la “Conferencia 33...” dice que el enigma de la feminidad ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos.

Estábamos en los 13 o 14 años. Más tarde hay un nuevo embarazo de la madre, a sus 16 años, nace un hermanito y se produce una mudanza libidinal. Según Freud: de la libido depositada en la maternidad a una homosexual enamorada de mujeres maduras. O sea que, para él, siguiendo su teoría edípica sobre la feminidad –ese el problema y el *impasse*–, la joven les da la espalda al padre y al varón en general. Tras ese fracaso desestima su feminidad y procura otra colocación para su libido.

A su vez, esta nueva posición se consolidó cuando la muchacha notó cómo irritaba al padre. Esto es lo que dice Freud. O sea que esta nueva posición implicaba un desafío al padre. La cuestión de la madre no aparece mucho en el caso. Podríamos decir que toda la cosa gira en torno al padre y al falo, y ese es el problema del Edipo freudiano. Vamos a ver ahí cómo Lacan ubica un *impasse* y cómo nos permite ir más allá de eso.

En torno a la transferencia, plantea Freud, que transfirió hacia él esa desautorización que la dominaba desde el desengaño con el padre. Y agrega que el encono hacia el varón se volcaba hacia el médico. Por tal motivo explica que interrumpe el “ensayo terapéutico” –así lo llama, duda en considerarlo un análisis y la deriva a una analista mujer. Freud lee lo que pasa transferencialmente a partir de ese modo de

teorizar. Plantea que solamente hubo transferencia positiva cuando se refiere a unos sueños de transmutación donde confesaba añoranzas por el amor de un hombre y tenía hijos. Freud desconfió de esos sueños y los consideró “mendaces e hipócritas”. Pensó que lo quiso engañar como hacía con su padre. Es interesante porque en el libro cuentan que ella se reunía a la salida de las sesiones con la baronesa en un bar a la vuelta de lo de Freud a conversar y le contaba las cosas que Freud le decía.

Ahora bien, ¿qué dice Lacan? En *El Seminario 4*, lo presenta como uno de los textos más brillantes e inquietantes de Freud y remarca –esto me parece importante– lo genuino de la pasión de la joven. A su vez, señala que no es que los sueños mientan, sino que aquello que no se interroga es ese deseo de engañar. Lo que Lacan argumenta es que Freud queda en el juego imaginario e interpreta la transferencia diciéndole a la joven que intenta engañarlo como hace con el padre. Queda atrapado en la dimensión imaginaria de la transferencia.

Y fíjense lo que dice Lacan: ese sueño de la joven, donde tiene un cónyuge ideal e hijos, simboliza el deseo de la sociedad, representado por la familia en torno a determinado ideal, que hoy podríamos nombrar como un ideal heteronormativo. En ese sueño lo que está en juego es un ideal familiar y social y es una de las razones por las cuales la llevan a verlo a Freud. Según Lacan, acá está el *impasse* analítico: no se tomó el sueño al pie de la letra. Es interesante, desde mi punto de vista, resaltar el vínculo entre contratransferencia e ideales sociales, entre ideales y prejuicios del analista. Guiarnos al pie de la letra por lo que alguien dice nos pone al resguardo de eso.

Otro lugar donde Lacan trabaja el caso es en *El Seminario 10*, en esas famosas clases sobre *acting out* y pasaje al acto. Ahí introduce otra dimensión de la transferencia en ese momento de su enseñanza que me parece fundamental. La ubica como amor presente. Les leo un pequeño punto: “La transferencia no es simplemente lo que reproduce y repite una situación, una acción, una actitud, un traumatismo antiguo”.⁵ Siempre hay otra coordenada, y se refiere a un amor presente en lo real. Dice: “... no podemos comprender nada de la transferencia si no sabemos que es también la consecuencia de este amor, de este amor presente”.⁶

Claramente, es una crítica a Freud, ya que en ese lazo transferencial no se repite la relación al padre, no se trata solamente de la repetición de vínculos o traumatismos antiguos, sino que aparece lo nuevo en el encuentro entre el analista y quien consulta. Luego, en esas clases, señala que Freud la deja caer; no es cualquier significante el que usa. “La deja caer”; recuerden también cómo trabaja la cuestión del pasaje al acto ligado al caer. Freud la deja caer al suspender el tratamiento y sugerir que en caso de retomar lo haga con una mujer. Allí, señala Lacan, el pensamiento de Freud tropieza con la feminidad; no se trata tanto de que la mujer miente, sino de que la feminidad o lo femenino se sustrae.

Hay un texto de Eric Laurent que se llama “Disrupción del goce en las locuras bajo transferencia”, una ponencia que hizo en el Congreso Mundial de la AMP en 2018. Ahí está trabajando la cuestión de la transferencia y dice que, en la primera enseñanza de Lacan, el anclaje estaba en la suposición de saber al analista. Luego, cuando avanza la enseñanza, de alguna manera –esto es interesante porque acompaña la época–, hay una ruptura del analista y su anclaje en la suposición de saber; ya no estaría el analista en posición de sujeto supuesto saber, sino en el lugar de aquel que sigue, que sigue el

modo singular de hablar de quien consulta, el modo singular de presentarse de cada hablante, y esto puede resonar con la figura del secretario del alienado en la psicosis, pero va más allá de esa clínica, se puede generalizar la idea del analista como aquel que sigue. Poder seguir cómo habla, qué es lo que trae, de qué manera, realmente seguir el decir de cada sujeto, ayuda incluso a no quedar atrapado en la contratransferencia ni en los prejuicios teóricos o sociales que pueda tener el practicante... que todos podemos tener.

En cierta forma, Germán García lo decía con su estilo: no es que el que atiende sabe, no se trata de eso, sino que en el dispositivo analítico está en juego el saber. Considero fundamental esto, que en los encuentros analíticos esté en juego el saber; seguir los modos singulares de decir del analizante para hacer surgir un saber.

Un dato interesante de la biografía de Sidonie Csillag: en la primera sesión, cuando se presenta ante Freud, hace una reverencia y le quiere besar la mano al saludarlo. ¿Al modo de un caballero a una dama? Quizás lo ubica a Freud en el lugar de una dama, quién sabe... Freud, cordialmente, le retira su mano y con una sonrisa la hace pasar. Podríamos pensar que de esa forma no consiente a ese lugar en que ella lo ubica, podríamos decir que, en cierta forma, no la sigue, que su teoría edípica, interpretándose en el lugar del padre en la transferencia, hace de *impasse*.

Una pregunta imposible de responder: ¿qué hubiera pasado si se prestaba a ese lugar en la transferencia? ¿Hubiera sido posible un análisis o algún trabajo analítico? Claramente es una pregunta imposible, es imposible responderla. Es una especie de juego plantear las cosas de esta manera, pero creo que enseña. Enseña cómo las conceptualizaciones teóricas pueden determinar el lugar del analista en la transferencia.

Variantes e invariantes en la adolescencia

Vuelvo ahora a la adolescencia y a lo que varía y lo que no. Lo que no varía es lo real de la pubertad, es decir, la acometida en dos tiempos de la sexualidad humana. Lo que varía es la respuesta a ese real que llamamos adolescencia. Entendemos a la pubertad como real y a la adolescencia como respuesta a ese real, es decir, eso que llamamos adolescencia va a implicar nuevas tramas con las cuales se responde, en cada época. Y eso tiene que ver con coordenadas sociales, históricas y singulares.

El punto es lo real y el semblante, ¿cómo se conjugan? Uno podría decir que las teorías sexuales infantiles son un modo de conjugar real y semblante. Pero surge el real propio de la pubertad y el sujeto adolescente tiene que encontrar otro modo de conjugarlos.

¿Qué implica decir que la pubertad es un real? En principio implica que se trata de lo que nunca puede terminar de decirse, que va a haber un intraducible allí. En otras palabras, se trata de un encuentro con el sexo con lo que tiene de imposible de decir. Lacan lo plantea así: la sexualidad agujerea lo real, nadie zafa bien del asunto. Eso no cambia. O sea que hay un universal del fracaso. Eso es para todos, para todos... Se trata del encuentro con el “desarreglo esencial de la sexualidad humana”, como dice Lacan en *El Seminario 11*. Uno puede decir que la adolescencia es el primer encuentro con ese desarreglo.

¿Qué quiere decir “desarreglo esencial de la sexualidad humana”? Un chico, una chica, un chique, no sabe, por estructura, qué hay que hacer en torno al sexo. Hay nuevos modos de vivir la sexualidad, nuevas eróticas, nuevos arreglos entre semblante y real, encontramos nuevos síntomas, nuevos fantasmas, nuevas defensas, pero lo real del sexo inquieta a cada hablante y eso no cambia, ese es el punto invariante. Hay una proliferación de nuevos semblantes, pero está lo real y los analistas nos ocupamos de recordarlo. Tal vez esa sea “nuestra misión” en el mundo, recordar lo real y situar lo singular, lo incomparable del arreglo de cada uno ante las generalizaciones de cualquier orden, ante aquellas construcciones discursivas que rechazan lo real, sean conservadores o progresistas.

Ahora bien, es cierto que cada singularidad se expresa y se manifiesta en un territorio determinado, por eso siempre vamos a hablar de adolescencias en plural. No son lo mismo las adolescencias en el ambiente progresista urbano, que las adolescencias en otras zonas, en otros contextos. Pero considero que es indiscutible que los feminismos –también en plural– van produciendo resonancias, haciendo olas.

Hay una referencia de Lacan que me parece interesante al respecto, que es cuando hace mención en *El despertar de la primavera* a la Diosa blanca de Robert Graves. Sobre el final del texto Lacan habla de la Diosa blanca de Robert Graves y fíjense lo que dice: “¿Cómo saber si el padre no es un nombre entre otros de la Diosa blanca?”⁷ El libro de Graves se refiere a las sociedades matrilineales anteriores a las patrilineales. Es muy interesante como ubica que las patrilineales reformularon todos los mitos que había en las anteriores y armaron mitos con una lógica patriarcal, podríamos decir.

También propone a la Diosa blanca como la musa de la poesía, o sea que allí se encuentra la cuestión poética. Es fundamental todo lo que se normativiza y garantiza en términos de derechos y, en eso, los feminismos han tenido muchísimo que ver, afortunadamente. Pero es importante –y en esto también han participado–, el lugar que tiene lo poético en tanto resonancia y afectación vital de los cuerpos, por eso destaco esa referencia a la Diosa blanca, y me parece que allí hay una vía para investigar a la luz del feminismo y las nuevas adolescencias.

Otro punto que quería traer es pensar el Edipo en su dimensión de trama. “Más allá del Complejo de Edipo” es el título de un apartado de *El Seminario 17*. También sabemos que el Edipo es cuestionado como una noción heteronormativa y patriarcal, cuestión que en cierto punto es cierta.

Pero pensar el Edipo en esta dimensión, me parece importante. Trama que se hace a nivel del Otro, que articula una pérdida, un imposible y un don, que nos habla de las relaciones libidinales con esos otros primordiales. Los tres tiempos del Edipo en Lacan implican una articulación de lugares y funciones. Y una lógica, porque articula tiempos lógicos. De hecho, se trata de ayudar a alguien a pasar de un tiempo a otro, un análisis tiene que permitirle a alguien ese pasaje.

El Edipo, en última instancia, es una trama que permite sortear o tratar el enigma del Deseo de la Madre, es decir, el enigma del deseo del Otro primordial. Es una producción que permite subjetivar ese enigma. Por eso, lo que hay que pensar hoy, es cómo se traduce, cómo se las arreglan en estos tiempos los sujetos con los enigmas

propios de la constitución subjetiva, con los enigmas del cuerpo y los enigmas del Otro cuando, por un lado, la eficacia simbólica está en cuestión, lo cual es efecto del discurso capitalista y su rechazo de la castración. Y, por otro lado, también se trata de un tiempo histórico cuando, producto de reivindicaciones de derechos, surgen nuevas configuraciones en torno a lo familiar.

Encontramos, por un lado, subjetividades liberadas, es decir, fuera de cualquier trama. Es un problema, ya que cuanto menos alguien cuenta con lo simbólico para arreglárselas con lo real, más va a poner su cuerpo en juego; el fenómeno del *cutting* es elocuente al respecto. Tenemos esa clínica de sujetos destramados. Por otro lado, tenemos lo que decía antes, estas nuevas tramas, estas nuevas ficciones, algunas culturales y otras que se inventan en el análisis. O sea que en ese punto hay que ayudar a cada adolescente a encontrar un imposible, porque la orientación es a cernir un imposible, no la prohibición.

En torno al Edipo como trama, Lacan señala en *El Seminario 11* que lo que hay que hacer como hombre o mujer pertenece al drama, que se sitúa en el campo del Otro. El campo del Otro es un campo de lenguaje y por lo tanto un campo vivo, un campo que varía, que se modifica. O sea que hay nuevas formas de conjugar semblante y real. Nuevas formas también de responder al enigma sexual de la existencia.

Uno de los puntos a pensar a partir de la clínica, es cómo se traduce la diferencia sexual hoy, que no necesariamente se tiene que traducir como envidia del pene, por ejemplo. Me parece a mí que es una pregunta porque tampoco se trata de renegar de la diferencia sexual.

Algunas coyunturas clínicas

Ahora bien, para ir cerrando comparto algunas coyunturas clínicas en las cuales considero que la cuestión de lo materno y lo femenino están en primer término y explorar esa vía puede ayudar a pensar los casos.

Planteaba que se trata de encontrar una trama que borde un real, que dé lugar al deseo y permita alguna mediación con el superyó materno, que permita anudar sexualidad y muerte, que son los grandes enigmas de la existencia. Ya que el encuentro con el desarreglo esencial de la sexualidad humana, con la ausencia de definición en torno al ser sexuado, puede producir una crisis del sentido de la vida y del deseo, y dar lugar a una desmezcla pulsional, donde lo mortífero se suelta. Vemos esa desimbricación pulsional en algunos adolescentes en los que la muerte está en primer plano en sus discursos, desenganchados de todo interés en torno a la sexualidad, a la erótica, al amor. El ejemplo de Melchor, que les traía de la obra de Wedekind, es característico, pero seguramente por su clínica conocen esos casos.

A veces la maternidad –y los sueños en torno a lo materno– es un modo de responder al enigma de la sexualidad; cierta prisa subjetiva opera anudada a ciertos ideales y/o mandatos sociales y familiares. Con prisa me refiero a esa que puede caracterizar al momento adolescente, una prisa por encontrar algo que diga el ser, y “ser madre” puede ser un modo. A veces se busca una madre en la maternidad, en determinadas coyunturas donde el desamparo materno ha dejado una marca –lo he

escuchado en algunos casos—. En otros casos, un hijo puede ser un modo de completar al otro materno. Recuerdo hace años una paciente que soñaba que tenía un hijo y se lo daba a la madre. Un hijo para quién, podría ser la pregunta en esos casos.

En otros, lo que había señalado al principio, qué es lo que una madre, o quien cumple esa función, puede transmitir a una hija en torno al enigma de la sexualidad y al modo de arreglárselas con lo femenino. Muchas veces las preguntas de las adolescentes a sus madres en torno a sus parejas, en torno a cómo conoció al padre, etc., van en esa vía. ¿Cómo se acompaña al adolescente en torno a los cambios puberales?, ¿qué trama se le brinda? Esto es importante, se escucha muchas veces en la clínica, no solo en la de las adolescentes, sino en la de mujeres adultas cuando hablan del tránsito por su pubertad.

También encontramos comportamientos que buscan introducir una falta en el Otro materno o una distancia ante una presencia excesiva. Al respecto, leí un texto donde Vilma Cocoz relataba el caso de un adolescente que presentaba un carácter extremadamente machista y tomaba un matiz siniestro ante los ojos de una madre feminista y de izquierda, lo que era un modo de introducir una distancia ante una madre que estaba demasiado encima.

Tenemos determinados casos que hay que pensarlos en “clave de Medea”, cuando la mujer se suelta de la madre y abandona los cuidados maternos. Muchas veces allí hay un *partenaire* estrago. No se trata nunca de juzgar moralmente si no de situar la lógica en juego.

Ayudar a los padres a subjetivar la adolescencia de sus hijas e hijos también me parece que es importante —con esto voy terminando— y considero que esa es una vía para trabajar en las entrevistas con padres: que puedan recordar que ellos pasaron por allí y que no necesariamente sus hijos van a pasar igual.

Creo que parte de lo específico de la clínica con adolescentes consiste en ayudar a disponer de recursos simbólicos e imaginarios para tratar lo real del sexo. Real del sexo que hace patente la inconsistencia del Otro para resolver el problema del goce. Muchas veces, lo que está en juego en la delicada transición adolescente es la búsqueda y la conquista de un semblante que permita vincularse con un *partenaire* sexuado o la creación de un semblante que permita algún arreglo o defensa ante el problema del sexo, del que nadie zafa, como decía Lacan.

Preguntas y comentarios

Gimena Barandela: Juan, muchas gracias por la exposición. Consultan si podrías ampliar el recorrido en relación a la frase: “acceder al amor sexual no sin el despertar de los sueños”.

Juan Mitre: La referencia de Lacan es la siguiente, así comienza “El despertar de la primavera”: “... qué es para los muchachos hacer el amor con las muchachas, no pensarían en ello sin el despertar de sus sueños”.⁸ Esa es la frase. Obviamente, no vamos a decir “los muchachos para las muchachas”; vamos a plantear qué es para el adolescente hacer el amor y que no se puede pensar en ello sin el despertar de los sueños. Es decir, son necesarios los sueños, los sueños como trama simbólico-

imaginaria que permita a su vez determinada erótica. Ese es el punto. Considero que cuando él dice “los sueños”, hay que pensar también la construcción del fantasma o la verificación del fantasma en la adolescencia, ya que es necesario el fantasma también para soportar esa sexualidad que irrumpe. Eso tiene que poder entramarse de alguna manera. Esa es la función del sueño. Es sumamente importante, Freud lo dice también en “Tres ensayos...” donde explica cómo es necesario el fantasear, toda la erótica del fantasear, la cuestión de la masturbación, y como toda esa dimensión permite soportar el encuentro sexual.

Gimena Barandela: Otra pregunta: “Me quedo pensando en las nuevas tramas y en cómo podríamos traducir, nosotros, analistas, la diferencia sexual”.

Juan Mitre: Bueno eso es una pregunta, yo no sé si tengo una respuesta a eso, es una pregunta. Por ahí alguien pueda ayudar también a encontrar una respuesta. Sí me parece que hay una dimensión real en la diferencia sexual, el punto es cómo se traduce esa diferencia. “Envidia del pene” fue un modo de traducirla que tenía que ver con una época también. Freud era hijo de su tiempo, no hay nadie que no lo sea. Las subjetividades son subjetividades de la época, las pacientes de Freud lo eran, de eso hablaban... El punto es cómo se puede traducir la diferencia sexual. Lo que sí me parece un problema es renegar de ella. ¿Cómo se la traduce hoy? No tiene por qué traducírsela como envidia o ligada a un menos. El punto es cómo. Hay que poder hablar de eso a partir de lo que aparece en la experiencia analítica, no de lo que a nosotros nos parece o de lo que quisiéramos desde nuestros ideales, si no de cómo aparece en la práctica.

Gimena Barandela: preguntan si podés repetir la articulación entre una pérdida, un imposible y una elección.

Juan Mitre: Y un don, dije. Es un modo de pensar el Edipo como una trama, sacarle la cuestión más imaginaria y entender que está en juego la transmisión de una pérdida, que se introduzca una imposibilidad. También la autorización está en juego. Cómo lee Miller *El Seminario 5* de Lacan es muy interesante; ubica el tercer tiempo del Edipo en torno a que alguien le diga que sí al sujeto, que lo pueda autorizar en torno a la invención que ha encontrado; a las invenciones más vivas, vivificantes que un sujeto tiene. Como también que le diga que no al goce ruinoso.

Silvia Wolodarsky: Buen día, me estaba preguntando como el superyó materno incide en la clínica, respecto de la inhibición, y del fantasear, en tanto soñar o construir una erótica femenina. ¿Qué podrías decir de esto?

Juan Mitre: Tendría que pensarlo un poco, lo que se me ocurre es ubicar al Nombre del Padre (NP) como contrapunto al superyó. Lacan, en última instancia, ubica la función NP como contrapunto al superyó. El superyó queda como un imperativo de goce, un imperativo insensato. Y también, hay referencias en Lacan donde habla –habría que ver cómo nosotros podemos traducir esto– del superyó materno como mucho más exigente que el superyó paterno. El NP hay que pensarlo como una función,

que no es el padre del sueño del neurótico, sino una función que hace contrapunto a ese imperativo de goce que puede dejar al sujeto del lado de la inhibición, pero también, puede llevarlo al pasaje al acto o al *acting*. Es esa voz oracular. Cuando el dicho materno es un oráculo para el sujeto hay que correrlo de eso. El dicho materno es el dicho del Otro primordial, no necesariamente la madre, ese Otro primordial puede volverse una especie de oráculo, un mandato insensato.

Gimena Barandela: Voy a tomar algunas preguntas más. ¿Los sueños o fantasías del adolescente en análisis podrían abrir un espacio a dicha erótica?

Juan Mitre: Está buena la pregunta. Tomé un poco al pie de la letra lo que decía Lacan sobre los sueños y siempre les pregunto a los adolescentes que atiendo sobre eso, les pido que traigan sueños, los demando en ese punto, esto ayuda a ir armando una trama. Uno después puede analizar ese sueño, tomar elementos, pedir asociaciones sobre él, usarlo para interpretar, etc. Pero más allá de eso, los sueños permiten en sí una articulación. Creo que hay que ayudar a disponer de recursos simbólicos e imaginarios para tratar el real de la pubertad.

Gimena Barandela: Preguntan si podrías ampliar un poco el tema de la madre de la joven homosexual.

Juan Mitre: Me llama la atención como falta un poco en el caso. Si lo materno está presente, lo hace en cómo Freud interpreta el caso, pero es cierto que hay cierta ausencia. Hay ahí otra pregunta que va a ese punto, que es sobre las entrevistas a padres en la clínica con adolescentes. Es toda una cuestión. En la clínica con niños es un tema, pero en la clínica con adolescentes me parece incluso más difícil pensar qué lugar le damos a los padres, justamente en ese momento de separación, propio de ese momento de la vida. En algunos casos pienso que hay que hacer entrar a los padres para hacerlos salir. Hacerlos entrar para que una parte de ellos pueda ingresar al espacio analítico. Lo que entra al espacio analítico es algo de lo que se puede tomar cierta distancia. De lo que alguien no se puede separar es de aquello que no entra. Como con los *actings*, hay que ver cómo hacerlos entrar para que el sujeto pueda tomar alguna distancia o pueda elaborar algunas cuestiones. Para mí siempre han sido importantes las entrevistas a padres, no quiere decir que siempre haya que citarlos, por supuesto que no. Eso se deduce de la lógica del caso; en ese punto, claramente, no hay ningún tipo de estándar, como no hay estándares en la clínica lacaniana. Pero siempre me ha parecido importante tener en cuenta la transferencia de los padres. A veces, solamente citarlos produce efectos, más allá de lo que dicen, puede ser una intervención citarlos.

Gimena Barandela: Hay muchos agradecimientos, por la transmisión, por la conversación. Te damos las gracias nuevamente Juan.

Juan Mitre: Gracias a ustedes por sostener este espacio en el hospital público. Es además único en el mundo, que en los hospitales públicos tenga presencia el psicoanálisis, eso es a puro deseo. Es así. Les agradezco por escucharme y por las preguntas.

Bibliografía

- Freud, S., “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, *Obras completas*, Vol. XVIII, Amorrortu, Bs. As., 2001.
- Freud, S., “Conferencia 33: La feminidad”, *Obras completas*, Vol. XXI, Amorrortu, Bs. As., 2001.
- Lacan, J., “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, *Escritos 2*, Siglo XXI, Bs. As., 2003.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 4, La relación de objeto*, Paidós, Bs. As., 2006.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Bs. As., 2007.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Paidós, Bs. As., 2007.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 2006.
- Lacan, J., “El despertar de la primavera”, *Intervenciones y textos 2*, Bs. As., 1988.
- Lacan, J., “Nota sobre el niño”, *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012.
- Laurent, E., “Disrupción del goce en las locuras bajo transferencia”, *Virtualia # 36, Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, marzo 2019.
- Rieder, I.; Voigt, D., *Sidonie Csillag. La “joven homosexual” de Freud*, Cuenco del Plata, Bs. As., 2004.
- Wedekind, F., *Despertar de primavera*, Quetzal, Bs. As., 1991.

Notas

-
- ¹ Lacan, J., “El despertar de la primavera”, *Intervenciones y textos 2*, Bs. As., 1988, p. 109.
- ² Wedekind, F., *Despertar de primavera*, Quetzal, Bs. As., 1991, p. 15.
- ³ *Ibíd.*
- ⁴ Rieder, I.; Voigt, D., *Sidonie Csillag. La “joven homosexual” de Freud*, Cuenco de Plata, Bs. As., 2004, p. 17.
- ⁵ Lacan, J., *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Paidós, Bs. As., 2007, p. 122.
- ⁶ *Ibíd.*
- ⁷ Lacan, J., “El despertar de la primavera”, *Intervenciones y textos 2*, óp. cit, p. 112.
- ⁸ *Ibíd.*, p. 109.